

# CRONICA DEL CLAUSTRO

## INAUGURACION DEL AÑO ACADEMICO DE 1937

El lunes 5 de abril se realizó la apertura del año universitario de 1937. Siguiendo la costumbre establecida, las ceremonias se iniciaron a las 9.30 a. m., con la Misa de Espíritu Santo, que ofició el Illmo. y Rvdmo. Monseñor Pedro P. Farfán, Arzobispo de Lima. A la misa concurrieron los catedráticos y profesores de las diversas facultades, escuelas e institutos que forman la Universidad, y la casi totalidad de los alumnos.

Terminada la Misa, la concurrencia pasó al Salón de Actuaciones, en donde el Dr. Jorge Young Bazo, ex-alumno de la Universidad y actual catedrático de Elementos de Derecho Civil en la Facultad de Ciencias Económicas, pronunció el discurso de orden, cuyos más importantes pasajes fueron muy aplaudidos por los concurrentes:

El Dr. Jorge Young Bazo, se expresó en la siguiente forma:

Honrado por la Universidad Católica con mi designación para dirigiros la palabra en la ceremonia de apertura del año universitario de 1937, no puedo alegar otro mérito para hacerlo, al lado de tan distinguidos catedráticos y oradores que tiene la Universidad, que mi calidad de antiguo alumno, el cariño que siento por ella, y mi firme decisión de colaborar en cuanto pueda, en pro de los nobles ideales que sustenta.

Ingresado a esta Universidad cuando no había alcanzado el estado de progreso en que hoy se encuentra, impulsado, no por las necesidades del momento, sino por una sincera convicción católica y el firme convencimiento de la necesidad de apoyar una institución defensora de los sagrados intereses de la Religión y de la Patria, desarrollé en ella toda mi labor estudiantil, y puedo considerarme, y lo digo con orgullo, como su producto genuino, fiel discípulo de los maestros que en ella abnegadamente colaboran, y aunque uno de los más modestos, no por eso de los menos sinceros y entusiastas.

Hoy, como ayer, continúo convencido de la importancia de la obra de esta Universidad. En la época actual, en que, como rezagó inevitable de un periodo de seudo ciencia y materialismo, la juventud, para hacer gala de intelectualidad y de profunda versación científica y filosófica cree necesario hacer alarde al mismo tiempo, de incredulidad y anticlericalismo; en que el sentimiento religioso, debilitado por el creciente libertinaje de las costumbres, aparece a muchos como algo anticuado y retrógrado; en que nuevas teorías, irrumpiendo en el campo filosófico y social, muestran a la juventud ilusorios horizon-

tes de bienestar y de progreso, en que el problema religioso se relega a un plano indiferente y secundario; era menospreciada y calumniada por quienes desearían su desprestigio, no es incompatible con ninguna de las actividades humanas, y mucho menos con la Ciencia, y que en sus postulados se encuentra la fuente de todo bien, ya que aún en aquellas materias en que no tiene intervención directa, jamás se oponen sus doctrinas al desarrollo y al progreso.

Frente a la enseñanza de una Ciencia o de una Filosofía sin Dios, era necesario construir un templo del Saber, con Dios y para Dios, con Patria y para la Patria. No basta para ello la creación de colegios en los que en diversos ciclos de instrucción se inculque a los niños o a los jóvenes los preceptos de cristianismo, sino que era necesario ir más allá, fundar una Universidad Católica, porque precisamente en los estudios superiores es cuando el hombre tiene más necesidad de Religión y es en las aulas universitarias, donde el errado intelectualismo produce sus víctimas y es en ese período donde el hombre corona el edificio de sus conocimientos, y de donde saldrá definitivamente inscrito en las filas de la Verdad o del Error. Y la mejor prueba es que también entre los exalumnos de centros de enseñanza religiosa hace sus estragos la incredulidad y la irreligión, por lo mismo que el choque con la realidad de la vida, desorienta y atemoriza a quienes no tienen bien cimentados sus principios religiosos y morales, como fatalmente acontece a muchos jóvenes.

Esa fue la mente de los fundadores de la Universidad Católica. Crear un Centro de estudios Superiores de carácter confesional, que fuera el amparo y refugio de los que llevan en su conciencia las doctrinas y los ideales de Cristo; y que los jóvenes, al salir del Colegio no estuvieran expuestos a recibir doctrinas erradas y orientaciones anticristianas, sino que, por el contrario, pudieran continuar bebiendo la savia purificadora del catolicismo. Formar, en vez de una juventud vana y pedante, alejada de Dios por una extravagante confianza en sus fuerzas intelectuales, una juventud sana, patriota y religiosa, que penetrada de su relativa insuficiencia, busque superarse y perfeccionarse, sin olvidar los sagrados principios: Dios y la Patria.

Para eso fundaron la Universidad: en estas aulas, los que buscan una profesión para su propio perfeccionamiento y ayuda para su familia y la sociedad, encontrarán, lejos del peligro de las asechanzas contra los principios religiosos, el hogar donde van a alcanzar la meta de sus aspiraciones, al amparo del Cristianismo y bajo su bandera.

Ese es su fin: formar profesionales cristianos, conscientes de sus obligaciones como tales y como peruanos, que no se avergüencen de exhibir y defender sus sagrados ideales, y sean con el tiempo el firme sostén de la Religión y de la Patria; formar intelectuales cristianos que puedan ser útiles a la juventud nacional; pero no intelectuales por profesión y por pose, que si algo trabajan lo hacen por afán de exhibicionismo, haciendo de sus conocimientos un simple medio de vida, sino intelectuales de convicción, abnegados y sinceros, que se esfuercen y luchan por un ideal mucho más noble que la satisfacción pedantesca y la recompensa pecuniaria, y que son, en relación a aquellos, lo que el soldado que lucha por su Patria, al mercenario que hace de la guerra una profesión, alquilándose al que mejor le pague. Precisamente los que se formen en la

Universidad Católica, deberán ser profesionales e intelectuales que trabajen para sí y para su Patria, sin egoismos incompatibles con la doctrina de Cristo, y la mente puesta en recompensa más alta: la suprema satisfacción del deber cumplido. No puede haber estímulo más poderoso y acicate más puro que los sublimes ideales de nuestra Religión.

En este sentido, la obra de esta Universidad, inspirada en principios de altruismo y desinterés, que trascienden al materialista mercantilismo del siglo actual, merece la admiración de todo hombre sincero, cualquiera que sea su ideología, así como su valiente declaración confesional, ha de atraerle la simpatía de los hombres de acción y de actitudes definidas, que abominan los tapujos y subterfugios, despreciando las cómodas actitudes de indiferencia o pseudo-eclecticismo, que envuelven muchas veces la cobardía de no querer definirse. Por el contrario, los alumnos de estas aulas, deben salir a la vida perfectamente definidos, con la actitud del católico ferviente, y del patriota sincero y abnegado, con orgullo de Credo que los alienta y dispuesto a luchar por él cuando fuera necesario. El título de alumno y exalumno de la Universidad Católica, debe ir proclamando por doquiera, que se trata de un católico y un patriota. Su posición, será bien clara: la del que lucha por las instituciones más sagradas de la humanidad: la familia, la Patria, la Iglesia.

Para conseguir todo esto se reunió el grupo de maestros e intelectuales que fundó nuestra Universidad, y muchos de ellos, después de veinte años de lucha continuán, fieles a su lema, luchando por ella. Durante ese tiempo, varias generaciones se han ido formando en sus aulas, como producto generoso del esfuerzo de sus abnegados maestros. No todos han seguido luchando por ella; no todos han sido fieles a los ideales que aprendieron en estos claustros; pero tampoco su obra ha sido estéril. Son muchos los que conservan esos ideales, y no son pocos los que luchan por ella, los que comprenden y admiran a sus maestros, y, dentro de sus posibilidades, secundan sus esfuerzos, siempre dispuestos a luchar sin tregua por la victoria del ideal común. Pero, aunque los veinte años de existencia han rendido sus frutos; aunque nuestra querida Universidad marcha de progreso en progreso, como protegida por la Providencia e impulsada por el esfuerzo de sus hijos; aunque los alumnos llenan hoy sus aulas, y el entusiasmo y la fé animan los corazones de sus miembros, unidos por la caridad cristiana, aunque un futuro cercano y promisor llena de esperanzas nuestros corazones aún no está hecho todo. El camino es largo y árdua la tarea. Todos los que estamos en ella, como maestros o como discípulos, debemos poner nuestro grano de arena, seguir luchando sin desmayos por su creciente progreso, esforzarnos para que su acción se extienda a todas las ramas del saber; y más aún que por sus progresos materiales, porque todos y cada uno de los que se han desarrollado y se desarrollan a su amparo, formen un sólo corazón y un sólo espíritu que haga frente a los embates de la maldad, y saque triunfante, llena de gloria, su bandera.

Quienes hemos pasado largos años en sus claustros y contemplando de cerca la lucha; los que la conocimos en los tiempos en que su desarrollo lento y difícil hubiera desanimado a otros que no fueran sus cristianos fundadores; los que hemos palpado, paso a paso, su progreso y sus triunfos, y que habiénd-

donos formado en esta casa, sentimos por ella un cariño verdaderamente filial, no podemos sentirnos desanimados; nos parece que la generosidad de sus fines, es nuestra mejor salvaguardia, y quisiéramos inculcar a todos los que forman el cuerpo y el espíritu de la Universidad, la convicción que nos anima del triunfo de la Universidad Católica, y de que saldremos victoriosos, porque estamos dispuestos a luchar por la victoria.

Estoy seguro de que muchos de los alumnos que me escuchan sienten también el ideal que anima a la Universidad, y están dispuestos a luchar por ella. Los que recién vienen, animados por sus sentimientos religiosos, deben pensar, que por el hecho de serlo, todo católico debe apoyar esta gran obra, de tanta trascendencia social y religiosa, y que para ellos, el mejor modo de hacerlo, es esforzarse para salir triunfantes en sus estudios, y ser el crédito de su obra bienhechora, al mismo tiempo que colaborar, entusiastas y decididos, en la defensa de sus principios. Así esta obra irá extendiéndose cada vez más, perfeccionándose, y prestando a la juventud peruana incalculables beneficios.

De la cooperación y entendimiento de maestros y alumnos, debemos esperar este resultado. En esta Universidad sólo tienen cabida los que en Cristo creen y esperan, los que no temen sacar a la luz sus convicciones y luchar por ellas; en una palabra, los que comulgando con los ideales de sus fundadores, estén decididos a defenderlos con tesón y entusiasmo. Ellos son los verdaderos hijos de la Universidad Católica, y algún día serán su orgullo y su más firme sostén.

Hoy iniciamos una etapa más. Como las anteriores, será de esfuerzo y de lucha, y como de las anteriores, maestros y alumnos han de sacar provecho y fruto intelectual y moral. Es, pues, justo que al iniciar las labores de 1937, elevemos nuestro espíritu, y por encima de todo, tengamos presentes los fines de la Universidad Católica.

Señores Catedráticos y antiguos alumnos, que con vuestra abnegación y sacrificio sostenéis esta importante obra: la Universidad Católica, por mi intermedio os desea nuevos éxitos en el año que vais a comenzar, y por mi parte os auguro, como la mejor recompensa, el que alcancéis los ideales perseguidos.

Alumnos que acabáis de ingresar a la Universidad Católica: es muy grato para mí que me haya tocado daros la bienvenida. No os habla un orador, ni un literato, ni habréis encontrado en mis palabras galanuras de retórica; pero encontraréis en ellas la voz franca y sincera de quien está convencido de la gran importancia de la Universidad Católica, y se siente orgulloso de ella, y de sus convicciones religiosas. Al comenzar este año académico, el primero de vuestra labor universitaria, sólo me queda hacer votos porque, al llegar a la meta de vuestras aspiraciones conservéis incólumes los sentimientos que os han traído a estos claustros, y porque, comprendiendo el espíritu de la Universidad Católica e identificándoos con sus anhelos, lleguéis a ser muy pronto, su orgullo y la esperanza de nuestra Patria.

---

Terminado el discurso de orden, hizo uso de la palabra el Dr. Carlos Arenas Loayza, Vice Rector de la Universidad, para dar cuenta de las manifestaciones de simpatía que había recibido de la Universidad Católica de Chile.

durante su permanencia en Santiago y dijo que tales homenajes se debían atribuir exclusivamente al prestigio adquirido por nuestra Universidad, cuya historia y progresos eran ya conocidos en el extranjero. Terminó propiciando una organización que mancomunara los esfuerzos de las Universidades Católicas de América, en defensa de los principios católicos y de la legítima autonomía de las Universidades encargadas de sustentarlos,

Las palabras del Dr. Arenas Loayza fueron muy aplaudidas.

Por último, Monseñor Pedro P. Farfán, pronunció una corta alocución, manifestando que dentro de la sencillez de los actos realizados se había cumplido un deber fundamental para con el Altísimo, porque el cristiano debe rendir homenaje a su Creador antes de dar comienzo a los más importantes actos de su vida. Hizo votos por el progreso de la Universidad Católica y finalizó la actuación declarando inaugurado el año académico de 1937.

Al terminar el Arzobispo su alocución, fue largamente aplaudido.

Con las palabras de Monseñor Farfán, terminó la ceremonia de apertura, siendo las 11 a. m.